

famiento. Con todo, el mariscal Victor tenia en el quinto cuerpo de caballeria cerca de cuatro mil veteranos dragones de España, ginetes incomparables y de los mas exasperados contra el enemigo. A la vista de las masas que desembocaban por Basilea, Befort y Besanzon, se guardó bien el mariscal de ir á su encuentro en la direccion de Colmar á Basilea, y por el contrario retrocedió sobre Saverna, y tomó posicion en la cresta de los Vosgos, despues de dejar en Estrasburgo cerca de ocho mil conscritos y guardias nacionales, á las órdenes del general Broussier, con provisiones bastantes. Este mariscal tan valeroso hallábase visiblemente desconsolado. Sin embargo, su hermosa caballeria se arrojó sobre los escuadrones rusos y bávaros que se presentaron á retarla, y los arrolló y acuchilló con bizzaría.

Del lado de Maguncia, al saber el duque de Ragusa el paso del Rhin operado el 4.º de enero, se replegó con el sexto cuerpo de infanteria y el primero de caballeria, dejando en Maguncia el cuarto cuerpo, mandado por el general Morand, y reducido por el tifus de veinte y cuatro á once mil hombres. Al paso recogió á la division de Durutte destacada sobre Coblentza, y separada de Maguncia donde no pudo entrar de nuevo. Su primera idea fué correr en auxilio del mariscal Victor á Alsacia; mas viéndola invadida por el enemigo y casi abandonada por nuestras tropas, que ya habian ganado la cima de los Vosgos, se fué á situar al respaldo de estos montes, esto es, sobre el Sarte y el Mosela, á fin de efectuar su incorporacion al mariscal Victor hácia Metz, Nancy ó Luneville. Tambien experimentó grandes dificultades para

engrosar su cuerpo á causa de la traslacion de los depósitos y de la premura del tiempo. No contaba mas que diez mil infantes y tres mil ginetes, total del primer cuerpo de caballeria, y aun se tenia que debilitar dejando algunos destacamentos en Metz y en Thionville.

El mariscal Ney mandaba dos divisiones de la Jóven Guardia y reconcentrábalas en Epinal. De consiguiente, al respaldo de los Vosgos íbamos a tener los mariscales Victor, Marmont y Ney, entre Metz, Nancy y Epinal, y sobre las colinas que separan el Franco Condado de la Borgoña, esto es, en Langres, al mariscal Mortier con la Vieja Guardia, unos y otros dando cara al retroceder de una parte á Blücher, que se adelantaba desde Maguncia á Metz por entre nuestras fortalezas, y de otra á Schwarzenberg, que violando la neutralidad suiza las habia rebasado, y que marchaba de Basilea y Besanzon sobre Langres.

Así estaban invadidos los territorios de Lorena, la Alsacia y el Franco Condado. Donde quiera ofrecia el enemigo los mayores miramientos á las poblaciones, y cuando menos al principio cumplia su palabra, de miedo de provocar levantamientos. En nuestras campiñas reinaba el espanto. Belicosos por carácter y por tradicion los aldeanos de la Lorena, la Alsacia y el Franco Condado, se alzaran de buena voluntad contra el enemigo, si tuvieran armas para pelear y algunos cuerpos de tropas que pudieran sostenerles. Pero carecian de fusiles como todos los habitantes de Francia, y les desalentaba la presurosa retirada de los mariscales. De suerte que se sometian al enemigo con la desesperacion en el alma.

A la retirada de los ejércitos se juntaba la no menos sensible de los principales empleados. El gobierno imperial, al cabo de muchas deliberaciones, adoptó la fatal resolución de mandar á los prefectos, subprefectos, etc., que se retiraran con las tropas, para dejar al enemigo el embarazo real sin duda de crear administraciones en las provincias invadidas. Solo el recuerdo de las dificultades experimentadas por nosotros en los países conquistados, donde quiera que habían desaparecido las autoridades, hizo prevalecer esta resolución en los consejos del gobierno, á pesar de la resistencia del duque de Rovigo. Razon asistiera para obrar de esta suerte en un país donde no existirían bandos hostiles al gobierno, prontos á agitarse á la aproximación de los aliados. Por desgracia la ausencia de las autoridades ofrecía grandes inconvenientes en Francia, donde veinte y cinco años de revolución habían dejado partidos numerosos, á los cuales Napoleón, vencido ya, no podía poner freno, y entre los que se contaba uno, el del antiguo régimen, á quien la analogía de sentimientos con la coalición inclinaba á esperarlo todo de ella. Efectivamente, no siendo ya vigilados los de mala voluntad por los prefectos, subprefectos y comisarios de policía, daban vado á sus disposiciones hostiles á la aproximación del enemigo, se conmovían sublevados tan luego como penetraba en alguna parte, le ayudaban á constituir administraciones formadas todas en su provecho, y hasta se disponían á proclamar á los Borbones. Este espectáculo se veía poco en los campos, á cuyos moradores irritaba hondamente la invasión con su séquito de vicisitudes; pero en las ciudades, donde

la opinion fermenta mas comunemente, donde el odio al gobierno imperial era casi general, donde los males de la invasión apenas eran sensibles, estallaban las manifestaciones mas peligrosas, contribuyendo á ellas, no solamente los realistas, sino tambien todos los hombres cansados del despotismo y de la guerra. Asi, para colmo de pena, Francia se hallaba invadida cuando doliente, extenuada, dividida, no podia renovar el noble ejemplo de patriotismo que en 1792 habia dado, y no era el menor yerro del régimen imperial exponerla á que se mostrara de este modo ante la coalición europea.

En Langres, á la aproximación de los soldados del príncipe de Schwarzenberg, amenazaron insurreccionarse contra las tropas del mariscal Mortier algunos notables de la ciudad, ayudados por el populacho cansado de la conscripción y de los derechos reunidos. En Nancy las autoridades municipales y algunas personas de viso del país recibieron al mariscal Blucher con grandes honores y hasta le dieron un banquete. El general prusiano les habló de las buenas intenciones de los aliados, de su deseo de librar á Francia de su tirano, y se hizo escuchar por poblaciones; á las cuales habian extraviado las miserias de una larga guerra.

Nuestros cuerpos de ejército se retiraban, por consiguiente, dejando detrás aldeanos indefensos, cuyos últimos recursos devoraban frecuentemente por no poder otra cosa, y ciudades exasperadas contra el régimen imperial, y dando placenteros oídos á las promesas de una coalición que no se presentaba como conquistadora sino como libertadora. Una circunstancia completaba la tristeza de

este cuadro. Los muy contados que aun vivian de nuestros ejércitos gloriosos, desazonados por el padecer incesante, humillados por un retiro continuo, se expresaban en mal lenguaje y repetian á menudo las especies de las poblaciones urbanas. No desertaban los veteranos de sus banderas, pero los conscritos, y con especialidad los correspondientes á los departamentos que se cruzaban por las tropas, no escrupulizaban abandonar las filas, y los mariscales Victor y Marmont ya habian perdido asi algunos miles de soldados.

Testigo ocular de esta situacion aflictiva un fiel ayudante de campo del emperador, el general Decaen, le trazó una viva pintura, espresándole que todo estaba perdido, sino llegaba á salvarlo todo con su presencia. No iban mejor las cosas en los Países Bajos. Al verse rebasado el mariscal Macdonald sobre su derecha por la columna de Blucher, que habia pasado el Rhin entre Maguncia y Coblenza, se atrajo los cuerpos 41.º y 5.º de infanteria y 3.º de caballeria, con mas los restos de las tropas vueltas de Holanda, y se retiró sobre Mezières con cerca de doce mil hombres, no dejando mas que muy escasas guarniciones en Wesel y en Maestrich. El general Decaen, enviado á Amberes, juntó alli entre marinos y conscritos una guarnicion de siete á ocho mil hombres, además puso tres mil en Flesinga, dos mil en Berg-op-Zoom, pero abandonó á Breda que no podia ser defendida, y Villenstadt que podia serlo y que formaba sobre el Wahal un punto importante. Su abandono era muy sensible, puesto que ya perdida Holanda, interesaba conservar entre este país y Bélgica la línea de agua que presentara mas sólida frontera.

Mas no pudiendo llenar el general Decaen mas que una parte de su tarea, prefirió Amberes y Flesinga á todo. Con las tropas de la Guardia situóse delante de Amberes, resuelto á defender vigorosamente este gran arsenal, objeto del odio vehemente de los ingleses y de la solicitud incesante de Napoleon.

De consiguiente el peligro no podia ser mas alarmante, sobre todo si se considera que despues de la carta del 10 de diciembre, en que, acusando Mr. de Metternich el recibo de la nota de 2 del mismo, se limitó á decir que la comunicaria á las córtés aliadas, no habia recibido el gabinete francés comunicacion alguna. Este silencio, unido al movimiento ofensivo de las tropas, indicaba al parecer que los aliados ya no pensaban en negociaciones, y solo ponian á la sazón el empeño en llevar nuestra ruina á remate.

Por mucha que fuera la actividad de Napoleon no podia estar pronto á hacer cara al enemigo, sino cuando ya se hallara invadida una porcion notable del territorio, y al inconveniente de permitir la ocupacion de provincias, materialmente las mas fértiles y moralmente las mejores, se agregaba el peligro de promover en grandes centros de poblacion las manifestaciones sediciosas, y de dar margen á que se proclamara públicamente á los Borbones. En semejante estado de cosas el logro de un armisticio, aun bajo condiciones muy duras, fuera una felicidad en medio de una inmensa desgracia, como que se suspendiera la marcha de la invasion, y si no se alcanzaba llegar á entenderse con las potencias aliadas, se ganarian á lo menos los dos meses todavía indispensables para completar nuestros

medios de defensa. Napoleon tenia sagacidad sobrada para creer que suspendieran su marcha de resultas de simples parlamentos unos enemigos á quienes no atajaban el paso ni sus fatigas ni el invierno mas crudo. Además estaba convencido de que habian renunciado á las negociaciones y de que no querian celebrar la paz mas que dentro de Paris mismo. Sin embargo, nada costaba probarlo, y lo peor que podia suceder en el caso de no lograr su intento era quedar como antes. Por otra parte, segun Mr. de Saint-Aignan habia observado, segun noticias diversas y llegadas de las provincias invadidas, entre los aliados existian graves desavenencias. Austria, á dar crédito á estas noticias, se hallaba ofuscada por las pretensiones de Rusia y queria la paz. Efectivamente, fuera de que el emperador Francisco amaba á su hija, se inclinaba poco á aumentar la importancia de Rusia, á satisfacer los celos maritimos de Inglaterra, y si se le cedia lo que ambicionaba en Italia, quizá era capaz de hacer alto. Ahora bien, parándose el Austria, todos tenian que imitar su conducta. A estas suposiciones, que no carecian de verosimilitud, habia que oponer una sola, si bien muy plausible, la de que los aliados, incluso los austriacos, por temor de desunirse de cierto renunciaran á toda satisfaccion individual, aun cuando fuere muy completa. Como entre estas diversas eventualidades, si prevalecian las ventajosas, la salvacion era segura, no vaciló Napoleon en hacer la última tentativa de negociacion á pesar de la poca esperanza de que resultara fructuosa.

Al principio le ocurrió enviar al campo de los aliados á Mr. de Champagny, duque de Cadore,

que habia sido ministro de Relaciones Exteriores y antes embajador en Viena, y que gozaba de la estimacion del emperador Francisco. Con todo, ante la reflexion muy obvia de que para lograr acceso cerca de los monarcas aliados, se requeria un personaje muy importante y de consideracion suma, se determinó á enviar á Mr. de Caulaincourt en persona. Le confió la doble mision de tratar de la paz y de aspirar á conseguir un armisticio, si lo podia, sin dar señales de gran susto. Respecto de la paz, las condiciones proseguian siendo las ya indicadas, esto es, la línea del Rhin, pero la grande, la que siguiendo el Wahal quita el Brabante Septentrional á Holanda. No obstante, se habia renunciado á la pretension de excluir á la casa de Orange, como tambien la de crear un Estado para el rey Gerónimo en Westfalia. Tocante á Italia, cediendo parte del territorio al Austria, y no queriendo Francia para sí la porcion mas leve, se persistia en el deseo de una dotacion para el príncipe Eugenio, para la princesa Elisa, y aun para los hermanos de Napoleon ya reyes, Gerónimo y José, á ser posible. Harto se ve que la diferencia entre este proyecto de paz y el concebido por Napoleon al dia siguiente de las proposiciones de Francfort, no era muy notable. A fin de ganar al Austria para la idea del armisticio, Mr. de Caulaincourt le debia ofrecer bajo cuerda la entrega inmediata de las plazas de Venecia y de Palma-Nuova, lo cual implicaba la concesion de la línea del Adige. Tambien las plazas de Hamburgo y Magdeburgo se debian entregar inmediatamente á Prusia, siempre con la mira de obtener una suspension de armas. La consecuencia natural de la evacuacion de estas cua-

tro plazas en Italia y en Alemania seria la prontísima vuelta de las guarniciones, lo cual proporcionara cuando menos diez mil hombres al ejército de Italia y cuarenta mil al del Rhin.

No se podía hacer otra objecion al envio de Mr. de Caulaincourt que la dificultad de presentarse á los ministros de la coalicion, cuando para negociar no se habia fijado ningun punto, y cuando la designacion de Manheim, hecha en la carta de Mr. de Basano del 16 de noviembre, no habia tenido resultado. Con todo se estaba en situacion inadecuada para andarse en consideraciones de amor propio, y creciendo las inquietudes de instante en instante, se convino en que Mr. de Caulaincourt se encaminara sin demora á las avanzadas francesas, y desde allí escribiera á Mr. de Metternich para decirle que en virtud de las seguridades dadas por Mr. de Saint-Aignan en su nombre, y de su invitacion formal para reanudar los tratos, no se queria que un retardo de Francia prolongara los males de la humanidad ni una hora; y que por esto se habia trasladado á las avanzadas francesas, desde donde estaba pronto á pasar á Manheim, punto indicado antes, ó á cualquiera otra ciudad que fuera del gusto de los monarcas aliados.

Si llegado Mr. de Caulaincourt á las avanzadas, se le dejaba en una posicion humillante, lo cual era posible, siempre ofreceria esta humillacion la ventaja de acreditar que Napoleon queria la paz, que no emanaban de su obstinacion las dificultades, y de atraerle la opinion de Francia ante el espectáculo de los tratamientos á que su negociador se veia expuesto.

Arreglado asi todo, Mr. de Caulaincourt partió

el 5 de enero hácia las avanzadas francesas, dejando á Mr. de la Besnadière, el oficial mas hábil de su secretaría, la tarea de sustituirle en los Negocios Extranjeros. Tambien Napoleon se aprestaba á partir muy pronto para apoyar con su espada las negociaciones que Mr. de Caulaincourt iba á procurar que se entablaran por su influencia.

Mr. de Caulaincourt se dirigió á Luneville, lugar célebre por un tratado concluido en tiempos mas felices, y al llegar á la falda de los Vosgos halló á nuestros ejércitos retirándose precipitadamente y precedidos en su retirada por todos los empleados fugitivos. Por sí propio oyó las especies corrientes entre las tropas y dentro de las poblaciones, vió la miseria de los oficiales, la desercion de los reclutas, y la audacia nueva del todo del partido realista, que sin ser popular, se hacia oír con hablar de paz, de legalidad y aun de libertad. Ciudadano excelente y militar bizarro Mr. de Caulaincourt, sentia el corazon contristado al ver nuestras provincias invadidas y nuestros ejércitos como en derrota. A la pesadumbre de ciudadano se agregaba la de padre, pues á la fortuna de Napoleon habia enlazado su propia fortuna, esto es la de sus hijos, y le afligia hondamente el peligro que amenazaba al trono imperial. Se apresuró á pintar á Napoleon en su verdadero ser las cosas, á señalarle con especialidad el abatimiento de ciertos gefes militares, que no eran infieles, aun cuando se hallaran desalentados, y despues de reflexionar sobre la situacion con sumo tino, le rogó que le enviara condiciones de paz mas aceptables. Al mismo tiempo escribió á Mr. de Metternich para decirle que sorprendido de su silencio, muy difícil de

explicar por referirse á las comunicaciones de Mr. de Saint-Aignan, llegaba á promover una respuesta, y á esperarla en las avanzadas, pronto á dirigirse á donde se quisiera entrar en negociaciones.

Cuando semejante especie de interpelacion llegó por conducto de Mr. de Wrède á manos de Mr. de Metternich, hallóse éste en situacion algo embarazosa, dado que negarse á venir á tratos despues de las manifestaciones pacificas ya hechas, fuera una inconsecuencia chocante y hasta peligrosa, al tiempo en que los dos partidos se aplicaban solitadamente á captarse la opinion pública así en Europa como en Francia. Mr. de Metternich y el emperador Francisco siempre estaban propensos á tratar de ajuste, si bien ya con algo mas de ambicion respecto de Italia; pero las imaginaciones de los demás aliados se habian inflamado nuevamente desde que, por deseo de Inglaterra y á impulsos de las pasiones alemanas, se resolvió la continuacion de las hostilidades. La facilidad inesperada que hallaron al penetrar en Suiza y en Francia les persuadió de que no habia mas que marchar adelante para terminarlo todo en conformidad con sus votos mas extremados, y de oírles se dijera que no tenian que temer otro enemigo que sus propias divisiones. A la verdad no eran pequeñas. Siempre desazonado Alejandro de la entrada en Suiza, no queria que se oprimiera al partido popular en provecho del partido aristocratico, á la par que Austria obraba en sentido diametralmente opuesto. Austria resistia que fueran sacrificados los daneses al príncipe de Suecia, y el rey de Sajonia á la Prusia; y Alejandro anhelaba exactamente lo contrario. Los ti-

rolese solicitaban pasar de seguida bajo el cetro de Austria, y Baviera pedia que se le indemnizara previamente. Solo pensaba Inglaterra en fundar la monarquia de la casa de Orange, para cerrar á Francia el camino del Escalda, y Austria, antes de adherirse á este designio, se esforzaba en que Inglaterra le prometiera su influjo contra Rusia. Muy difícil era abrazar en medio de tal caos un partido sobre cualquier cosa, y menos tan trascendental como el de suspender las operaciones militares, como que esta materia debia dividir los ánimos y exaltar las pasiones mas que otra alguna.

Sin embargo, se acababa de saber una circunstancia muy feliz para la coalicion, cual era la próxima llegada de lord Castlereagh, que no temia abandonar el *Foreign Office* para venir á representar á Inglaterra cerca de los monarcas aliados. Hasta ahora no habia tenido Inglaterra mas agentes que lord Cathcart, bravo militar y diplomático mediocre, y lord Abeerden, hombre de seso, bien que acusado de pacífico en demasia. No bastaba con tener simples embajadores, por subido que fuera su mérito, en el seno de este consejo de soberanos, donde las potencias estaban representadas por emperadores, por reyes ó por primeros ministros. Así el gabinete británico se determinó á enviar el mas eminente de sus miembros, lord Castlereagh, cerca del congreso ambulante de la coalicion, para moderar las pasiones, mantener la concordia, hacer que prevalecieran los principales votos de Inglaterra, y para declararse, una vez logrados, en todo lo demás por las resoluciones templadas contra las resoluciones extremas. De consiguiente la mision de lord Castlereagh, muy na-

tural sin duda, se reducía á mostrar templanza para todo menos para lo suyo. Además se debía explicar sobre el presupuesto de guerrallevado por el conde Pozzo, bajo el concepto de utilizar la riqueza de Inglaterra para conseguir el triunfo de sus miras, echando en la balanza de vez en cuando, no su espada, sino su oro. Nadie era mas idóneo que lord Castlereagh para cumplir mision semejante. Se llamaba Roberto Stewart; su hermano Carlos Stewart, despues lord Londonderry, acreditado cerca de Bernadotte, era uno de los agentes mas activos y apasionados de Inglaterra. Vástago de una familia irlandesa, ardiente y enérgica, en la sangre tenia esta disposicion hereditaria, si bien templada por su gran seso. Espiritu recto y penetrante, carácter juicioso y firme, capaz á la vez de la contemporizacion y de la energía, notándose en sus modales la altanera sencillez de los ingleses, llamado estaba á ejercer y ejerció positivamente la mayor influencia. Sobre casi todo venia investido con poderes absolutos. Asi por su carácter como por sus instrucciones se podia afirmar que la misma Inglaterra se trasladaba al campo de los aliados. Habiendo partido de Lóndres á fines de diciembre, y pasado á Holanda para dar consejos al príncipe de Orange, no se le esperaba hasta la segunda mitad de enero en Friburgo. Sin que se hallara presente, nadie queria abrazar un partido ni aventurar una respuesta. Todos andaban en competencia sobre quien le veria y le hablaria antes, con el fin de atraerle á su causa. Por conducto de lord Cathcar le habia enviado á decir Alejandro que le queria hablar primero que nadie.

Esta expectativa suministraba á Mr. de Metternich un medio de contestar al negociador francés.

Asi hizo decir á Mr. de Caulaincourt, que, habiendo determinado Inglaterra enviar su ministro de Negocios Extranjeros al campo de los aliados, no se podia menos de esperarle antes de fijar el lugar, el objeto y el giro de las nuevas negociaciones. Además de esta respuesta oficial escribió Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt una carta privada, cortés y lisonjera en cuanto á su persona, aunque muy premiosa respecto de lo sustancial del asunto, y cuyo sentido era que se deseaba la paz de continuo, que se esperaba y no habia que renunciar á lograrla, pero que aun se necesitaba paciencia. Ni una palabra dijo alusiva á la posibilidad de suspender las hostilidades. A esta carta se añadió otra del emperador Francisco para Maria Luisa. Creyendo este príncipe á su hija enferma, y solicitando noticias, las acababa de adquirir y contestaba de resultas. Allí expresaba á Maria Luisa extremado cariño, gran deseo de la paz, no menor esperanza de celebrarla, resolucion de trabajar sinceramente en este sentido, y sentimientos por fin de hallar graves dificultades en el desquiciamiento de las ideas, á causa del inmenso desquiciamiento de las cosas ya hacia veinte años (1).

(1) Del original copio aqui esta carta interesante é instructiva, porque pinta fielmente las disposiciones personales del emperador de Austria hácia su hija, hácia su yerno y hácia Francia.

«26 de diciembre de 1815.

»Querida Luisa: Ayer recibí tu carta de 12 de diciembre, y con mucho gusto he sabido que estás buena. Te

Mr. de Caulaincourt transmitió á Napoleon estas distintas respuestas, y recatándose de llamar la atención pública sobre su persona para que lo desairado de su posición no subiera de punto, aguardó en las avanzadas, á que el arribo de lord Castlereagh, que se anunciaba muy cercano, diera margen á mas serias comunicaciones.

Muy pocas ilusiones conservaba Napoleon para que la acogida hecha á Mr. de Caulaincourt le mo-

»doy gracias por la felicitacion que me diriges de entrada  
 »de año, y la aprecio mucho porque te conozco. Tambien  
 »con toda mi alma te deseo felicidades.—Con respecto á  
 »la paz estoy persuadido de que no la deseo menos que  
 »tú, que toda la Francia y tu marido, si no me engañan  
 »las esperanzas. Solo en la paz se encuentran la salva-  
 »cion y la ventura. Mis miras son moderadas en un todo.  
 »Yo deseo cuanto pueda asegurar la duracion de la paz,  
 »mas no basta querer en este mundo. Grandes deberes  
 »tengo que cumplir para con mis aliados, y desgraciada-  
 »mente están muy embrolladas las cuestiones de la paz  
 »futura, y que espero no se retarde mucho. Tu pais ha  
 »desquiciado todas las ideas. Cuando se toca á cuestiones  
 »de esta clase, no hay mas arbitrio que combatir justas  
 »quejas ó preocupaciones. No por esto deja de ser el voto  
 »mas ardiente de mi corazon que se logre tal resultado,  
 »y espero que pronto conseguiremos reconciliar á nues-  
 »tras gentes. No hay mala voluntad en Inglaterra, pero  
 »alli se hacen aprestos de monta. Necesariamente esto  
 »ocasiona retardo hasta que al fin la cosa prosiga su cur-  
 »so; entonces lo proseguirá si Dios es servido. Las noti-  
 »cias que me das de tu hijo me alborozan sobremanera.  
 »Tus hermanos y tus hermanas no tienen novedad co-  
 »mo tampoco mi muger, segun las últimas noticias que  
 »me han llegado. Tambien yo estoy bueno. Créeme por  
 »siempre.

»Tu tierno padre,  
 »FRANCISCO.»

viera á asombro. Cada dia alumbraba un nuevo movimiento retrógrado de sus tropas, y no podia ya dilatar mas tiempo colocarse á su frente. Mas asustado el mariscal Victor de hora en hora de la muchedumbre de los contrarios, acabó por repasar los Vosgos, despues de abandonar todos los desfiladeros. No participando de su desaliento la caballería heroica de España, siempre caia sobre los escuadrones enemigos y los acuchillaba asi que se se ponian á su alcance. Sucesivamente se replegó sobre Epinal y Chaumont, y vino á tomar posición sobre el alto Marne cerca de Saint-Dizier, habiendo perdido por la fatiga y la desercion de dos á tres mil hombres; y asi es que tenia á lo sumo siete mil infantes y tres mil quinientos caballos. Tras de probar el mariscal Marmont á hacer cara á Blucher junto al Sarte, se replegó sobre Metz, se detuvo un instante para dejar alli de guarnicion á la division de Durutte, separada de Maguncia y recogida por este mariscal al paso, y acto continuo se retiró sobre Vitry. Le quedaban cerca de seis mil infantes y dos mil quinientos caballos. A estos dos mariscales incorporóse junto al alto Marne el mariscal Ney con las dos divisiones de la Joven Guardia, reorganizadas entre Metz y Luxemburgo, interin el mariscal Mortier retrocedia de Langres, adonde habia avanzado con la Vieja Guardia, á Bar-Sur-Aube, seguido por el general Giulay y por el principe de Wurtemberg muy de cerca.

Napoleon se habia lisonjeado de que aun en la retirada se pudieran engrosar rápidamente los cuerpos de Marmont, Victor y Macdonald en términos de subir cada uno á quince mil combatientes. Sin duda se habian reforzado con algunos hombres,



pero la desercion y la necesidad de proveer á la defensa de las plazas les redujeron á las débiles proporciones ya referidas. La Guardia, que Napoleon creyó posible elevar á ochenta mil hombres de infantería, contaba treinta mil tan solo, de los cuales siete ú ocho mil estaban en Bélgica á las órdenes de los generales Roguet y Barrois, seis mil á las del mariscal Ney cerca de Saint-Dizier, y doce mil á las del mariscal Mortier en Bar-Sur-Aube. Cierto es que en París se acababan de organizar otros diez mil hombres. De diez mil ginetes útiles para el servicio no contaba la Guardia de caballería mas que seis mil montados, una mitad con Mortier, y otra con Lefebvre-Desnoettes. Este ciaba del Escalda al Marne á toda prisa. De las divisiones de reserva que se formaban en París haciendo ingresar en los depósitos á los conscritos, una de fuerza de seis mil hombres escasos y fiada al general Gerard, habia partido antes de estar completa para reforzar al mariscal Mortier junto al Aube; otra se habia dirigido á Troyes bajo el mando del general Hamelinaye, y apenas contaba cuatro mil conscritos sin instruccion alguna. La reserva de caballería, formada en Versalles con la reunion de todos los depósitos del arma, ya habia proporcionado tres mil ginetes, conducidos á Auxerre por el general Pajol, cubierto de heridas mal cerradas. Tales eran los recursos que la celeridad de los sucesos habia permitido allegar por el mes de enero. Sin embargo, hay que añadir las guardias nacionales, que llegaban de la Picardía á Soissons, de la Normandía á Meaux, de la Bretaña y del Orleanés á Montereau, de la Borgoña á Troyes.

Con tan débiles medios no desesperó Napoleon

de arrostrar la tempestad. Al golpe dispuso que se activara la creacion de las dos divisiones de la Joven Guardia, y la organizacion de las divisiones de reserva por medio de los depósitos y de los conscritos. Además recomendó que no se dejara ni un solo dia en París á los hombres tan luego como tuvieran una levita, un chacó, zapatos, un fusil, y que cualquiera que fuese el estado de su instruccion se les hiciera emprender la marcha. Nuevo impulso comunicó á los talleres de vestuario establecidos en París, pero entre todas las partes del material ninguna le ofreció mas dificultades que las armas de fuego. Solo habia en Vincennes seis mil fusiles nuevos y treinta mil viejos, en cuya compostura se trabajaba sin levantar mano. Apenas habia para armar á los hombres que entraran en los depósitos á medida de su llegada. La artillería, que se hizo refluir sobre Vincennes, arrastrándola caballos cogidos donde quiera, al punto debia tornar á partir hácia Chalons, donde se preparaba la reunion de nuestras fuerzas. El tesoro personal de Napoleon suministraba los fondos que no podia facilitar el tesoro del Estado. Mr. Mollien, administrador excelente para tiempos tranquilos, sobrecogido por estas circunstancias extraordinarias, no pudo proveer á los gastos del ejército á pesar de los céntimos adicionales. De los sesenta y tres millones, que le quedaban á Napoleon de sus economías, dió diez y siete al general Drouot para la Guardia, cerca de diez al tesoro para los diversos servicios, ocho á las remontas, al vestuario, á la fabricacion de armas, uno á sus hermanos, ya reyes sin corona y sin dinero, y destinó cuatro para llevarlos consigo, dejando de veinte y tres á